

## **Domingo III del tiempo Ordinario del ciclo C.**

1. Aprendamos, celebremos, vivamos y recemos, la fe que profesamos.

"Leían el libro de la Ley, explicando el sentido

Lectura del libro de Nehemías 8, 2-4a. 5\_6. 8\_10

En aquellos días, el sacerdote Esdras trajo el libro de la Ley ante la asamblea, compuesta de hombres, mujeres y todos los que tenían uso de razón. Era mediados del mes séptimo. En la plaza de la Puerta del Agua, desde el amanecer hasta el mediodía, estuvo leyendo el libro a los hombres, a las mujeres y a los que tenían uso de razón. Toda la gente seguía con atención la lectura de la Ley.

Esdras, el escriba, estaba de pie en el púlpito de madera que había hecho para esta ocasión. Esdras abrió el libro a la vista de todo el pueblo —pues se hallaba en un puesto elevado— y cuando lo abrió, toda la gente se puso en pie. Esdras bendijo al Señor, Dios grande, y todo el pueblo, levantando las manos, respondió:

—«Amén, amén.»

Después se inclinaron y adoraron al Señor, rostro en tierra.

Los levitas leían el libro de la ley de Dios con claridad y explicando el sentido, de forma que comprendieron la lectura. Nehemías, el gobernador, Esdras, el sacerdote y escriba, y los levitas que enseñaban al pueblo decían al pueblo entero:

—«Hoy es un día consagrado a nuestro Dios: No hagáis duelo ni lloréis.»

Porque el pueblo entero lloraba al escuchar las palabras de la Ley. Y añadieron:

—«Andad, comed buenas tajadas, bebed vino dulce y enviad porciones a quien no tiene, pues es un día consagrado a nuestro Dios. No estéis tristes, pues el gozo en el Señor es vuestra fortaleza.".

Cuando los judíos retornaron de Babilonia a Israel, tuvieron que reconstruir la ciudad santa y el Templo. El Domingo II del tiempo Ordinario, vimos cómo un profeta de la escuela de Isaías, se encargó de reavivar la fe de quienes se desanimaron, por causa de la desolación de su tierra, creyendo que Yahveh los había desamparado, porque esperaban que se cumplieran las promesas del segundo Isaías relativas a la glorificación de Jerusalén cuando regresaran de la cautividad, y la espera de ello se prolongó a lo largo del tiempo, y por eso, el citado profeta, se vio obligado a mantener viva la fe de sus hermanos de raza, bajo la convicción de que su Dios no los había desamparado.

Si examinamos el texto correspondiente a la primera lectura que estamos considerando, podemos constatar que en el mismo hay una gran semejanza, con nuestra manera de celebrar la Eucaristía, y con el comportamiento que debe caracterizar nuestra vida cristiana.

La asamblea de los oyentes del sacerdote Esdras y sus colaboradores, estaba compuesta de hombres, mujeres, y niños con uso de razón. El hecho de que los niños tenían uso de razón, nos hace reflexionar sobre la manera que tenemos que acoger la Palabra de Dios. En el texto del libro de Nehemías que estamos meditando, se subraya el hecho de que los antiguos textos de la Ley eran leídos de

manera que pudieran ser entendidos por todos los miembros de la asamblea, a pesar de que, muchos de ellos, debían ser ignorantes de la Palabra de Yahveh. Los textos bíblicos fueron instructivos para los lectores inmediatos de los mismos, y deben tener enseñanzas prácticas, para que nos sintamos motivados, a vivir en la presencia, de Nuestro Padre celestial.

El sacerdote Esdras leyó la Palabra de Dios desde un púlpito, así pues, cuando abrió el libro de la Ley, todo el pueblo se puso de pie, en señal de respeto, tanto a la Ley de Yahveh, como al lector de la misma. Ello nos hace reflexionar sobre la costumbre que tenemos de estar de pie durante la mayor parte de las celebraciones eucarísticas, pues, el hecho de permanecer de pie, indica la disposición a escuchar la Palabra de Dios, y ponerla en práctica. Esdras bendijo al Señor, y los constituyentes de la asamblea dijeron Amén dos veces, disponiéndose a acoger y aplicar, el contenido de la lectura, que iban a escuchar.

Esdras leyó la Ley de Dios para que le oyeran todos los miembros de la asamblea, y, junto al gobernador Nehemías y los escribas, se la leyó a grupos reducidos de constituyentes de la asamblea, a fin de asegurarse de que la Palabra de Dios era comprendida, respondiendo las dudas que se les plantearan, por parte de sus oyentes. Ello nos recuerda la importancia que tiene la instrucción religiosa llevada a cabo en nuestras iglesias, tanto por sacerdotes, como por laicos.

Quienes oyeron la proclamación de la Ley, comprendieron el sentido de la misma, porque les fue explicado. Ello me recuerda la importancia que tiene la proclamación de la Palabra de Dios en nuestras iglesias. Los lectores religiosos y laicos, debemos leer los textos bíblicos claramente y sin prisa, no como los percibimos, sino analizándolos antes de leerlos, con el fin de intentar captar el sentido con que los escribieron sus autores. No es conveniente que leamos la Palabra de Dios sin comprenderla, de la misma manera que también es importante que nos situemos a la distancia exacta del micrófono, que, -si nos es posible-, miremos a la gente y no permanezcamos únicamente mirando los textos que leamos, y que no nos retiremos del ambón hasta que, después de decir "Palabra de Dios", los constituyentes de la asamblea respondan, de la manera acostumbrada.

Los judíos se conmovieron y lloraron cuando se les leyó la Palabra de Yahveh. Ellos tenían muy presente el recuerdo de los setenta años que se prolongó su cautividad, y mantenían la creencia de que ello les había sucedido porque Dios los castigó por causa de su condición pecadora, pero les faltaba la decisión de afrontar sus dificultades pensando que Yahveh estaba con ellos, y, por eso, todo lo que les sucediera, -aunque tuvieran que sufrir más de lo que habían padecido-, tendría un sentido salvífico para ellos. A los judíos se les dijo que no hicieran duelo ni lloraran aquel día, para que comprendieran que, la profesión de su fe, debía constituir un gran motivo de alegría.

Quizás nosotros también nos hemos emocionado hasta llorar tal como les sucedió a los citados judíos cuando hemos vivido unos intensos ejercicios espirituales, o cuando hemos conocido un testimonio de fe que nos ha tocado el alma. Quizás nos sucede también que nos hacemos muchas preguntas sobre Dios y el sufrimiento a

las que no les hayamos una respuesta que satisfaga nuestro deseo de alcanzar más sabiduría de la que tenemos, o a lo mejor tenemos muy claro que sufrimos por causa de nuestra condición pecadora, y, en vez de percibir a Dios como Padre amoroso, creemos que es un juez tirano, que acecha obsesivamente nuestros pensamientos, palabras y movimientos, para encerrarnos en el infierno.

¿Percibe el mundo que nos sentimos felices por ser cristianos?

A los judíos se les dijo que comieran, bebieran y celebraran su decisión de adaptarse al cumplimiento de la Ley divina, y que también fueran generosos con los pobres. Nosotros celebramos todas las semanas el gozo de creer en Dios, pero, ¿cómo socorremos a quienes tienen carencias espirituales y materiales? Los pobres, los enfermos y los desamparados, no solo necesitan asistencia social, pues también necesitan sentirse amados, de la misma manera que, si no les hacemos parte de nuestra familia, nuestra adhesión al Dios Uno y Trino, no es completa.

2. Pongamos nuestros dones al servicio de la humanidad.

Nota: Cada sacerdote decidirá si en su iglesia se leerá la segunda lectura completa o reducida, por cuestión de brevedad.

Lectura completa.

"Vosotros sois el cuerpo de Cristo, y cada uno es un miembro

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios 12, 12-30

Hermanos:

Lo mismo que el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, a pesar de ser muchos, son un solo cuerpo, así es también Cristo.

Todos nosotros, judíos y griegos, esclavos y libres, hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, para formar un solo cuerpo. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu.

El cuerpo tiene muchos miembros, no uno solo.

Si el pie dijera: «No soy mano, luego no formo parte del cuerpo», ¿dejaría por eso de ser parte del cuerpo? Si el oído dijera: «No soy ojo, luego no formo parte del cuerpo», ¿dejaría por eso de ser parte del cuerpo? Si el cuerpo entero fuera ojo, ¿cómo oiría? Si el cuerpo entero fuera oído, ¿cómo olería? Pues bien, Dios distribuyó el cuerpo y cada uno de los miembros como él quiso.

Si todos fueran un mismo miembro, ¿dónde estaría el cuerpo?

Los miembros son muchos, es verdad, pero el cuerpo es uno solo.

El ojo no puede decir a la mano: «No te necesito»; y la cabeza no puede decir a los pies: «No os necesito.» Más aún, los miembros que parecen más débiles son más necesarios. Los que nos parecen despreciables, los apreciamos más. Los menos decentes, los tratamos con más decoro. Porque los miembros más decentes no lo necesitan.

Ahora bien, Dios organizó los miembros del cuerpo dando mayor honor a los que menos valían.

Así, no hay divisiones en el cuerpo, porque todos los miembros por igual se preocupan unos de otros.

Cuando un miembro sufre, todos sufren con él; cuando un miembro es honrado, todos se felicitan.

Pues bien, vosotros sois el cuerpo de Cristo, y cada uno es un miembro.

Y Dios os ha distribuido en la Iglesia: en el primer puesto los apóstoles, en el segundo los profetas, en el tercero los maestros, después vienen los milagros, luego el don de curar, la beneficencia, el gobierno, la diversidad de lenguas.

¿Acaso son todos apóstoles? ¿O todos son profetas? ¿O todos maestros? ¿O hacen todos milagros? ¿Tienen todos don para curar? ¿Hablan todos en lenguas o todos las interpretan?

Lectura reducida.

"Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios 12, 12-14. 27

Hermanos:

Lo mismo que el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, a pesar de ser muchos, son un solo cuerpo, así es también Cristo.

Todos nosotros, judíos y griegos, esclavos y libres, hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, para formar un solo cuerpo. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu.

El cuerpo tiene muchos miembros, no uno solo.

Pues bien, vosotros sois el cuerpo de Cristo, y cada uno es un miembro".

El Domingo II del tiempo Ordinario, recordamos que el Espíritu Santo nos concede ciertas habilidades especiales, a las que llamamos dones espirituales, las cuales han de ser utilizadas, para servir al común de los hijos de la Iglesia, en conformidad con las posibilidades que tengamos, de serles útiles. San Pablo escribió el capítulo doce de su primera Carta a los Corintios, porque tales cristianos no utilizaron sus dones espirituales para servirse unos a otros, sino para destacar unos sobre otros, considerando que no todos los dones tienen la misma importancia.

Dado que todos los dones espirituales proceden del Espíritu Santo, los mismos tienen la misma importancia.

No todos podemos recibir los mismos dones espirituales. El Paráclito nos concede los dones con que podemos serle útiles a la Iglesia al mismo tiempo que nos ayudan a recorrer el camino de nuestra purificación y nuestra santificación. A modo de ejemplos, recordemos a los Apóstoles de Nuestro Salvador. ¿Por qué los escogió Jesús? ¿Tenían dones especiales para merecer tan gran privilegio de convivir con el Señor? San Marcos contesta estas preguntas, con las siguientes palabras:

"Subió al monte y llamó a los que quiso; y vinieron donde él" (MC. 3, 13).

Si recibimos algún don espiritual, ello indica que Dios nos considera aptos para llevar a cabo una misión, en la que, si le fallamos, ello no sucede porque somos

incapaces de llevarla a cabo, sino porque queremos vivir al margen de Nuestro Santo Padre.

Los corintios llegaron a pensar que su grandeza radicaba en la importancia que les atribuían a los dones espirituales que recibían. San Pablo les enseñó que los dones espirituales tienen la misión de edificar y unificar a la Iglesia, y no deben ser utilizados para que quienes los poseen, se sientan superiores a los demás cristianos, que no los tienen.

Si pensamos que nuestra valía personal radica en el ministerio que desempeñamos, o en la importancia que les atribuimos a nuestros dones espirituales, podemos caer en la tentación de evitar el hecho de solventar las carencias espirituales y materiales de nuestros prójimos los hombres, y podemos centrarnos exclusivamente en la consecución de nuestros intereses personales, aunque, para ver cumplidos nuestros deseos, tengamos que manipular, a quienes poseen dones diferentes a los nuestros, haciéndoles sentir, que son inferiores a nosotros, porque sus dones no son tan sobresalientes, como nuestras cualidades espirituales.

San Pablo les enseñó a los corintios que la Iglesia es el Cuerpo místico de Cristo, y la comparó al cuerpo humano. Cada parte del citado cuerpo, tiene una función especial, que beneficia a todo el cuerpo. Todos los cristianos, independientemente de que seamos religiosos o laicos, tenemos una misión que llevar a cabo en la Iglesia, que afecta al común de los creyentes, a pesar de que, esta realidad, es rechazada, por muchos creyentes, a quienes les falta sentido de pertenencia, a la fundación de Jesucristo. El mundo sabe que los católicos celebramos la Eucaristía los Domingos, pero hay situaciones en que no se deduce de nuestras palabras y obras, que somos discípulos de Jesús. A modo de ejemplo, pensemos en quienes se avergüenzan cuando alguien se ríe de ellos porque son cristianos.

Las partes del cuerpo humano, aunque son diferentes, deben actuar conjuntamente, con el fin de beneficiarse unas a otras. No todos los católicos somos religiosos, pero podemos trabajar conjuntamente, con el fin de edificar y unificar la Iglesia, manteniendo las mismas creencias, y teniendo una misma forma de actuar, en cuanto ello nos sea posible, teniendo en cuenta nuestros humanos defectos.

Los cristianos debemos evitar dos errores, que nos pueden impedir realizarnos, como discípulos de Jesús:

1. Evitemos sentirnos orgullosos de ser poseedores de los dones espirituales que hemos recibido, y de la misión que desempeñamos en la Iglesia. Recordemos que todos los dones espirituales tienen la misma valía porque proceden del Espíritu Santo, y que nuestro mayor privilegio consiste en tener la dicha de servir a nuestros prójimos los hombres independientemente de que los mismos sean cristianos.

2. No pensemos que no tenemos medios para servir a la Iglesia. Si, -a modo de ejemplo-, no disponemos del dinero necesario para subvencionar un gran proyecto que beneficiaría a los pobres, podemos hacer obras de caridad en conformidad con el dinero que podamos destinar a ello, y podemos adquirir el conocimiento de la Palabra de Dios, para consolar a los pobres, a los enfermos y a los desamparados. Decir que no existe la forma en que podamos servir a la Iglesia, es no querer reconocer que, la realidad, nos demuestra lo contrario, a este pensamiento, que estamos considerando.

No nos comparemos con quienes han alcanzado la santidad o son reconocidos por causa de la misión que desempeñan en la Iglesia. Gastemos el tiempo que podemos desperdiciar sintiéndonos inferiores a los Santos o envidiando a quienes desempeñan misiones importantes en la Iglesia, en trabajar conjuntamente, para evangelizar a la humanidad, y en socorrer a todos los que tienen carencias espirituales y materiales.

3. El programa de acción de Jesús.

"Hoy se cumple esta Escritura

( Lectura del santo evangelio según san Lucas 1, 1-4; 4, 14-21

Excelentísimo Teófilo:

Muchos han emprendido la tarea de componer un relato de los hechos que se han verificado entre nosotros, siguiendo las tradiciones transmitidas por los que primero fueron testigos oculares y luego predicadores de la palabra. Yo también, después de comprobarlo todo exactamente desde el principio, he resuelto escribírtelos por su orden, para que conozcas la solidez de las enseñanzas que has recibido.

En aquel tiempo, Jesús volvió a Galilea con la fuerza del Espíritu; y su fama se extendió por toda la comarca. Enseñaba en las sinagogas, y todos lo alababan. Fue a Nazaret, donde se había criado, entró en la sinagoga, como era su costumbre los sábados, y se puso en pie para hacer la lectura. Le entregaron el libro del profeta Isaías y, desenrollándolo, encontró el pasaje donde estaba escrito:

«El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido.

Me ha enviado para anunciar el Evangelio a los pobres, para anunciar a los cautivos la libertad, y a los ciegos, la vista.

Para dar libertad a los oprimidos; para anunciar el año de gracia del Señor.»

Y, enrollando el libro, lo devolvió al que le ayudaba y se sentó. Toda la sinagoga tenía los ojos fijos en él. Y él se puso a decirles:

—«Hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír.".

El Evangelio de San Lucas destaca porque el citado médico e historiador no era judío, y porque, gracias a la exactitud con que debía desempeñar su trabajo de médico, el citado autor sagrado, escribió sus dos libros, procurando obtener la información más exacta posible, para transmitirles a sus lectores, la realidad de la vida de Jesús, y de la fundación de la Iglesia, y su extensión, a través del Imperio Romano.

Aunque San Lucas no fue testigo ocular de los hechos relacionados con la vida de Jesús, quiso plasmar en su Evangelio los citados hechos con la mayor exactitud posible, con el fin de que, los fundamentos de la fe cristiana, pudieran serles transmitidos a sus lectores, sin ser susceptibles, de ser manipulados.

El Evangelio de San Lucas también se caracteriza, por el deseo del citado Hagiógrafo sagrado, de dignificar a las mujeres, las cuales estaban en desventaja con respecto a los hombres, entre los judíos, los griegos, y los romanos.

San Lucas obtuvo los relatos evangélicos que escribió, tanto de los testigos presenciales y predicadores de los mismos, como de los libros referentes a la vida de Nuestro Señor, que pudo encontrar. Ello me sugiere el pensamiento de que muchos cristianos no nos hemos convertido al Evangelio cuando se nos ha predicado la Palabra de Dios, sino cuando hemos reconocido que Nuestro Santo Padre se ha manifestado en nuestra vida.

Dado que los judíos no podían asistir al Templo de Jerusalén semanalmente, le rendían culto a Dios en casas llamadas sinagogas, las cuales estaban en cada pueblo, en que habitaba un mínimo, de diez familias. Los sábados, las sinagogas eran lugares de culto, y, los demás días de la semana, eran escuelas para niños.

¿Por qué leyó Jesús en la sinagoga de su patria chica? Los dirigentes de las sinagogas, tenían la costumbre de invitar a los maestros de la Ley que los visitaban, para que leyeran las Escrituras, y las interpretaran. Dado que Jesús probablemente no pudo costearse su formación religiosa en la escuela del Templo de Jerusalén, no podía leer la primera lectura, -la cual era un fragmento de diez versículos de la Tora-, pero sí podía leer la segunda lectura, la cual solía ser un fragmento de algún texto profético, que constara, al menos, de tres versículos.

¿Por qué nos da pereza asistir al culto religioso? A pesar de que Jesús es perfecto, asistió a la sinagoga, actuando como si hubiera sido un aprendiz de la Palabra de Yahveh. Algunas veces recibo cartas de algunos de mis lectores, que me dicen que no celebran la Eucaristía, porque no captan el significado de las celebraciones, no les caen bien los sacerdotes de las parroquias más cercanas a sus casas, o no les gusta el ambiente de las mismas. Yo les digo a tales amigos que no se nos puede exigir a los cristianos que seamos perfectos, porque todos estamos recorriendo el mismo camino de purificación y santificación.

¿Queremos que la asistencia al culto religioso forme parte de nuestra vida?

La lectura que Jesús hizo en la sinagoga de Nazaret, es muy significativa. El texto de IS. 61, 1-2, se refiere a la liberación de los cautivos de Babilonia que, como no fue plena, cabía la posibilidad, de que se refiriera a la liberación que habrá de acontecer, al final de los tiempos.

Jesús leyó que, lo primero que tenía que hacer para cumplir el programa de su Ministerio público, consistía en evangelizar a los pobres. ¿De qué les sirve a los pobres que se les predique la Palabra de Dios, si la misma solo les aporta la

esperanza de que algún día vivirán en un mundo en que no existirá el sufrimiento, y no les soluciona sus problemas actuales? Hay cristianos que piensan que la misión de la Iglesia es meramente espiritual, y también los hay que creen que no debemos perder tiempo rezando y celebrando los Sacramentos, porque hay muchas miserias en el mundo que extinguir. ¿Cómo podemos deshacer este entuerto que nos tiene divididos? La misión de los cristianos comporta una espiritualidad que, al mismo tiempo que nos relaciona con Dios, es activa, y por ello nos impulsa a socorrer a quienes necesitan nuestras dádivas espirituales y materiales. Además de tener la esperanza de que algún día vivirán en un mundo en que no exista la miseria, los pobres necesitan vislumbrar que el Reino de Dios está entre ellos, según constaten, que sus problemas, se van resolviendo.

Jesús se comprometió a liberar a los cautivos. ¿Quería el Señor liberar a los presos sin que pagaran el mal que habían hecho? El Señor desea que los presos reciban una instrucción que les ayude a comprender que no deben incurrir en los errores que los condujeron a la cárcel.

La redención que Jesús les prometió a los cautivos, no solo estaba destinada a los encarcelados, pues también afectaba -y afecta- a los pecadores. El mal, - independientemente de la forma en que se lleve a cabo-, es una cadena muy difícil de romper. Jesús tiene el poder de liberarnos del rencor, del odio, y del efecto de los vicios en que podemos caer.

Jesús también se comprometió a darles la vista a los ciegos. Ello puede significar que el Señor quiere iluminar a quienes cometen errores, o puede interpretarse literalmente, teniendo en cuenta las curaciones de invidentes, que fueron llevadas a cabo, por Nuestro Redentor.

Jesús quiere darles la libertad a los oprimidos por la pobreza, la discriminación, y los errores que no pueden superar. Ello solo puede conseguirse, creando una sociedad, cuyos miembros tengan igualdad de derechos.

Jesús quiere proclamar un año de gracia del Señor, lo cual se traduce en que llegará el día en que todos tendremos la dignidad de hijos de Dios, una vez que superemos las miserias que nos separan.

Hasta que no empecemos a cumplir la voluntad de Nuestro Santo Padre, no podremos creer que tales palabras proféticas empezaron a cumplirse a partir del día en que Nuestro Salvador inició su Ministerio público, y que, parte del citado cumplimiento, depende de nosotros, y lo llevaremos a cabo, en la medida que convirtamos al dios Uno y Trino y a nuestros prójimos los hombres, en el centro de nuestra vida.

José Portillo Pérez

[joseportilloperez@gmail.com](mailto:joseportilloperez@gmail.com)